

La hija del sepulturero

LA HIJA DEL SEPULTURERO

© 2013, **Ana Rosenrot**

Este libro es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque constan en la obra hechos históricos ocurridos en la vida real, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Primera edición: Marzo, 2013

ISBN: 978-8484110514

Depósito legal: B 7217-2013

Printed in Spain- Impreso en España

www.anarosenrot.com

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).

La hija del sepulturero

Ana Rosenrot

“Rezad por los muertos,
rezad un Padrenuestro.
Rezad por los vivos,
porque no conocen su destino.”

La tímida luz del amanecer intentaba abrirse paso entre las brumas que cubrían todo el paisaje como un océano blanco e intangible.

Desde la pequeña ventana del altillo, una niña morena de unos once años contemplaba con sus ojos oscuros como la niebla se iba desvaneciendo lentamente hasta que el velo blanco que parecía ocultar el cementerio desapareció y se perfilaron con claridad las tumbas y las cruces de metal que se extendían a los pies de la casa.

Ese era el paisaje que contemplaba Soliña todas las mañanas al levantarse. Sus pies fríos casi azulados permanecían colgando y balanceándose mientras ella se apoyaba en el alfeizar intentando ver a las personas que entraban en el cementerio en ordenada fila.

Era muy temprano y bostezó al mismo tiempo que tiritaba por el frío. Normalmente alguien la estaría llamando para que bajara a desayunar y se fuera al colegio, pero aquel no era un día normal y ella lo sabía. Hacía dos noches que había vuelto a ver a la señora de blanco paseándose con su túnica entre las frías tumbas y llorando bajo su ventana y sólo ella sabía lo que significaba.

No recordaba cuando fue la primera vez que se interesó por aquella aparición, la conocía desde siempre y al principio pensó que podía tratarse de una Dama de Castro, un ser de la

mitología gallega que vive en un castillo de cristal debajo de los castros, pero algo le decía que no lo era. Estaba acostumbrada a ver a los espíritus del cementerio con los que compartía noches de insomnio y probablemente aquella hermosa mujer de largos cabellos y blanca túnica era uno de ellos.

Se vistió y bajó los altos y estrechos escalones saltando de dos en dos produciendo un ruido fuerte y seco sobre los tablones de madera. Se sentía extrañamente alegre pero detuvo su juego infantil cuando su tía Neves asomó la cabeza desde la cocina y le hizo un significativo gesto con el dedo índice en la boca para que no hiciera ruido, después se cruzó la chaqueta por el pecho con el mismo gesto de su abuela Piedade y se dirigió apresuradamente hacia otra habitación de la que surgían susurros y voces apagadas.

Sobre la mesa, recién limpia, un tazón de cremosa leche y una gruesa rebanada del pan redondo y apretado del que habían quedado unas migajas que Soledad recogió aplastándolas con su dedo para no estropear la limpieza. Abrió cuando pudo la boca para morder el pan con manteca mientras balanceaba las piernas. Sabía que ese día el desayuno no se lo había puesto su madre, probablemente había sido su tía Neves o puede que su padre, su madre nunca le llenaba el tazón de leche hasta el borde ni le untaba tanta manteca.

Cuando terminó se dirigió a la habitación de la que se oía el constante murmullo, parecía como si una colmena repleta de zumbonas abejas se hubiera introducido en aquel lugar. Cuando más se acercaba más fuerte era el zumbido.

La puerta estaba entreabierta y atisbó en su interior. En ese momento penetró en el mundo de los adultos. El ataúd de pino estaba situado en el centro de la estancia flanqueado por cuatro velas y alrededor, pegados a la pared y circundando la habitación, numerosas figuras vestidas de negro que rezaban, murmuraban y sollozaban.

Su abuela había muerto pero ella no lo sentía. A Soledad se le mezclaban el olor de la manteca que aún cubría parte de su boca con el de la cera de las velas derritiéndose parsimoniosamente y el inconfundible olor de la muerte que flotaba en el ambiente, pero a ella no le molestaba. Llevaba once años respirándolo y estaba más que acostumbrada.

Las pocas flores que había alrededor del ataúd se marchitaban por el calor de las velas y el ambiente viciado de la pequeña habitación repleta de gente vestida con grueso y basto paño negro que gemían y sollozaban certificando así su sentido pésame ante la familia de la difunta.

Su abuelo Celso y su padre Macías permanecían sentados entre las figuras llorosas, embutidos entre ellas sin apenas poder moverse e intentando seguir las incansables, monótonas e hipnóticas letanías del rosario que las beatas repetían una y otra vez con voz lánguida entre los sollozos febriles de las plañideras que acercaban sus pañuelos sucios y arrugados a sus ojos secos en un gesto simbólico y teatral. No era la primera vez que Soledad veía aquellas exageradas muestras de duelo, era parte de la parafernalia de la muerte.

Su padre y su abuelo permanecían quietos y callados, acobardados por aquella comparsa enfebrecida o acobardados, tal vez, por la ausencia de la mujer que hasta entonces había regido sus vidas, tomando decisiones y decidiendo sus destinos, ¿qué iban a hacer ahora? Se sentían perdidos. Soledad intuía que hubieran querido huir de aquella habitación pero no podían, manos invisibles les detenían como si de aquellas mujeres que mantenían sus manos ocupadas en las cuentas del rosario, surgiera un tercer brazo que sujetara a los dos hombres.

Para su padre, Soledad fue la salvación. Como movido por un resorte, Macías se levantó de la silla y se encaminó hacia la pequeña.

-La abuela se ha ido al cielo esta noche- le dijo con voz taciturna y la mirada lánguida.

La niña asintió con la cabeza. No era una sorpresa para ella.

-Lo sé desde hace dos noches- contestó en apenas un susurro.

Macías miró a su hija con una mezcla de preocupación y sorpresa intentando comprender aquellas respuestas que como otras su hija le daba desconcertándole. Sabía que no habían sido las campanas de la iglesia del pueblo anunciando una muerte lo que había hecho que su hija supiera que la abuela había muerto, era algo diferente, algo extraño. Eso era lo que hacía que viera en ella un continuo misterio. Soledad, o Soliña como a él le gustaba llamarla, era una niña callada, siempre parecía ausente y parecía que prefería corretear entre las tumbas que estar con los vivos, aunque no se lo recriminaba. A menudo él también se sentía mejor entre los muertos, quizás fuera por su trabajo de sepulturero, en su oficio había pocas ocasiones para conversar, sin embargo Soliña era diferente... parecía recubrirse de un halo misterioso que nunca dejaba desvelar su interior. Se limitó a acariciar su cabeza morena con su ruda y áspera mano.

-¿Quieres despedirte de ella, Soliña?- preguntó mientras la empujaba suavemente al interior de la estancia.

La pequeña traspasó el umbral que separaba el mundo de los muertos y el de los vivos. Una bofetada de espeso calor la recibió al entrar y enturbió su mirada. Contrastaba con el frío de mediados de octubre del exterior donde las esqueléticas ramas de los árboles parecían cristalizarse por la escarcha.

Pesadas y oscuras cortinas ocultaban las ventanas impidiendo que la luz entrara en la habitación. En el centro, sobre unos soportes colocados adecuadamente por su padre y Antoiño, reposaba su abuela Piedade dentro de un ataúd de pino. Entre sus manos cruzadas reposando en su pecho se entrelazaba un rosario, y alrededor de su cuello, sobre su eterno vestido negro,

su inconfundible e inseparable cadena con la medalla de la Virgen de los Milagros. En los orificios de su nariz sendos tapones de algodón para evitar que los fluidos se derramaran. Soledad la miró pero no la besó, nadie la obligaba y a ella no le apetecía. La observó con detenimiento y con la insolencia propia de los niños, observó sus facciones secas y duras, sus manos sarmentosas y su vestimenta oscura, su cabello peinado con tirantez hacia atrás mezclándose las hebras grises con las negras. Nunca hasta entonces la había mirado tanto, por un momento temió que su abuela se levantara y le diera un golpe en la parte posterior de la cabeza como tenía por costumbre pero permaneció tumbada con aquella seria expresión suya que ni la muerte había sido capaz de arrebatarse.

-Parece dormida...- apreció una de las viejas que velaban a la muerta.

-Sí, incluso parece que sonríe, era tan devota...- corroboró su compañera.

-Descansa en paz- aseguró una tercera con convicción.

La niña volvió a mirar a su abuela Piedade. A ella no le parecía que estuviera dormida, estaba muerta y como otros tantos que había visto, su aspecto no era tan apacible como pretendían. Su gesto era forzado, endurecido, y su expresión grotesca aunque realmente así era su abuela. A pesar de todo no estaba casi demacrada; su madre y su tía Neves la habían arreglado muy bien para que su aspecto fuera lo más natural posible, al fin y al cabo era expertas en adecentar el aspecto de los cadáveres para que su rostro fuera el más presentable posible en su paso a la otra vida.

Soledad no estaba tan segura de que su abuela descansara en paz, en realidad era el pueblo el que parecía liberado. Podía verlo en los rostros de las beatas y el resto de los habitantes de la pequeña parroquia de Santa Mariña d'Osbes, y ella sabía por qué.

Piedade Freire nunca había sido una mujer compasiva ni piadosa, a pesar de su nombre. Había vivido como hija, esposa y madre del sepulturero y quizás aquello había forjado su carácter. Acostumbrada a una vida de privaciones y con el estigma del trabajo de su familia, había aprendido a convivir con el recelo de sus vecinos y eso le había servido para convertirlo en miedo y respeto. Piedade Freire era una mujer fuerte, soberbia y orgullosa y tenía un don especial para enterarse de los secretos del pueblo y eso le daba mucho poder, pero no era todo. De su abuela había heredado los conocimientos de las creencias ancestrales para atraer o repeler el mal, decían que sabía echar el mal de ojo y realizar rituales para estropear las cosechas, envenenar el agua o hacer enfermar al ganado.

Soledad nunca había sabido si era verdad que su abuela Piedade era una meiga pero sabía que la gente del pueblo vivía atemorizada por ella. Lo que no sabía es que más que por sus cuestionables dotes mágicas, era por los secretos que acumulaba sobre todos y cada uno de los habitantes de la pequeña aldea.

-Todos tienen un secreto- le oyó comentar un día con su madre, Amalia, mientras pelaban un pollo en la pequeña cocina- y temen más que éste sea descubierto a que les eche el *meigallo*, ¡hipócritas!- añadió riéndose con aquella risa suya que a Soledad le producía escalofríos. Tenía un diente de oro que lucía en la oscuridad y cuando se reía, que eran pocas veces, asomaba con hiriente brillo.

La abuela de Soledad despreciaba a los vecinos de Santa Mariña d'Osbes, les despreciaba por su miedo, por sus vergüenzas y por la manera en que acudían a ella en la oscuridad de la noche para pedirle que malograra el embarazo de su vecina o arrebatarle el marido a otra, o tal vez para enfermar una vaca o estropear algún negocio. Piedade les cobraba y se guardaba los reales dentro de la blusa después de

besarlos, protegidos por la medalla de la Virgen de los Milagros.

-Las peores son las beatas- solía decir Piedade- se pasan el día rezando en la iglesia para purgar sus pecados, sus pensamientos libidinosos, sus envidias... pero cuando cruzan el umbral corren a llamar a mi puerta para contarme todo de lo que se han enterado estando cerca del confesionario.

Y aquella era su mejor baza. Piedade era una experta en chantajear a sus convecinos, a pedir favores dejando caer sutilmente la conveniencia de silenciar ciertos comentarios incómodos que podrían acabar con el buen nombre de tal o cual persona. Los favores eran variados: desde comida a ropa, dinero... cualquier cosa. Nada ni nadie escapaba a su control y ella sonreía maliciosamente mostrando su diente de oro, causando pavor entre los aldeanos que hacían lo que fuera necesario para mantener sus miserias a buen recaudo. Piedade se había convertido en el cacique de los pobres exigiendo su particular diezmo con una mirada beatífica que producía terror entre sus vecinos.

Los jueves por la tarde solían reunirse con su abuela un grupo de mujeres vestidas de negro: las beatas del pueblo. Tomaban aguardiente al amor de la lumbre y se reían entre sorbo y sorbo mientras cuchicheaban sobre los vecinos. Su abuelo Celso solía mirarlas con inquietud como si se tratara de una reunión de meigas, procuraba marchar en esos momentos a su pequeña carpintera cerca del aserradero para hacer tranquilamente alguna silla o mesa que le encargaban o los ataúdes para los muertos. Solía llamarlas “corvos” o cuervos por su atuendo negro que eran considerado el disfraz del demonio, y porque como ellos, parecían poseer gran olfato y andaban siempre rondando a los cuerpos enfermos en espera de su muerte.

Por todo eso Soledad sabía que las personas del pueblo que había acudido al velatorio de su abuela no lamentaban su muerte, al contrario, se sentían liberadas aunque un tanto inquietas, ¿a quién iban a pedirle ahora que conjurara los poderes de la Naturaleza para conseguir sus más inconfesables deseos?

-¿Qué haces aquí? Vete fuera y no molestes- la voz dura de Amalia, su madre, la reprendió. Su voz hacía juego con su aspecto serio y rígido. Por un momento Soledad pensó que sus temores se habían hecho realidad y que su abuela Piedade había salido del ataúd pero en esta ocasión se trataba de su madre. En ese momento se dio cuenta de lo mucho que se parecían su madre y su abuela. Su parecido era más probable para madre e hija que para suegra y nuera pero un extraño no hubiera podido distinguirlas. Amalia siempre iba vestida de negro y últimamente recogía su cabello largo en un moño tirante que parecía estirar sus facciones hasta dejarlas sin expresión. Ambas poseían la misma fría y calculadora mirada que las caracterizaba, la misma dureza de carácter, su ambición y avaricia, su cabello oscuro grisáceo, su vestido oscuro, su vida oscura... tal vez aquel ambiente lúgubre y lleno de privaciones fuera el causante y con el paso de los años ella también se volvería así.

Su tía Neves estaba en una esquina, se limpiaba los ojos con un pañuelo y suspiraba entrecortadamente, su pecho se elevaba y descendía haciendo que los botones de su blusa pugnarán por desabrocharse ante el ímpetu de sus sentimientos. Soledad la contempló unos segundos, de momento Neves no se parecía a su madre ni a su abuela, no percibía en ella la misma mirada pétrea. En la joven, su mirada era triste y resignada aunque aún conservaba en su rostro un atisbo de ilusión que el tiempo y el cementerio terminarían enterrando.

-Quería ver a la abuela- contestó con un susurro mirando a su madre.

Amalia contempló los ojos grandes y oscuros de Sole que parecían comerse el resto de su cara, su rostro pálido y su cuerpo flaco. Apenas podía estar con ella dos minutos en el mismo sitio, su gesto se volvía más agrio aún. Era evidente que la pequeña le causaba un fuerte desagrado y lo peor es que Soledad se daba cuenta pero a pesar de todo no se sentía mal por eso, estaba acostumbrada a vivir sin una sonrisa de su madre, sin una caricia, sin una palabra bonita.

Los murmullos se elevaron, las mujeres se removieron nerviosas en sus asientos y los hombres se pasaron las manos por las chaquetas para intentar que lucieran mejor. Acababa de entrar en la habitación un nuevo visitante y no era alguien cualquiera. Amalia se olvidó por completo de Soledad y corrió hacia la elegante mujer que había tenido la deferencia de acudir al velatorio de Piedade Freire. Incluso Neves se irguió y abrió sus candorosos ojos con admiración, y no era para menos: Doña Asunta Boudiño en persona se encontraba entre ellos. Al pasar se rozó con Soledad y la niña se dio cuenta de la suavidad de su abrigo y su fragancia exquisita. Sus tacones resonaron con musicalidad en el suelo y se acercó al ataúd. Echó un vistazo a su interior y más que para rezar una rápida plegaria fue para cerciorarse de que estaba realmente muerta. Su rostro experimentó un cierto e imperceptible alivio. Tal vez era una de las personas cuyos secretos eran guardados por su abuela.

En ese momento Amalia se mordió los labios con impotencia y deseó que el ataúd de Piedade fuera mejor, pero era un ataúd modesto, de pino sin barnizar. Ella misma había decidido que para su última morada Piedade no necesitaba ningún lujo ni adorno.

Soledad conocía bien los ataúdes, los había bonitos y confortables, de fina seda y almohadones de plumas, los había con adornos de metal brillante y otros de simple latón. Los

había de pino y de roble, y el de su abuela era un ataúd de pobres.

A la niña no le daban miedo los ataúdes, en verano solía acudir al aserradero donde su abuelo Celso poseía una pequeña carpintería. Era un lugar fresco y confortable y solía merendar allí respirando el olor de la madera de pino y la cola de carpintero. En una ocasión su abuelo le hizo meterse en uno para comprobar la medida de una niña de su edad que había muerto. En ese momento descubrió un lugar ideal para esconderse de los regaños, castigos y reproches de su madre.

-¿Ha sufrido?- preguntó piadosamente doña Asunta después de dar el pésame con gesto apesadumbrado al resto de familiares.

-No mucho- respondió rápidamente Amalia- Tuvo una crisis anoche y la pobre no pudo superarlo. Gracias a Dios que se la ha llevado rápidamente- comentó con las manos cruzadas y con un gesto de resignación.

Amalia invitó a doña Asunta a sentarse y esta accedió aunque procuró que su abrigo oscuro no sobresaliera de la silla como si no quisiera rozarse con nada. No se quitó los guantes y conservaba un pequeño y coqueto sombrero que sin duda sería de última moda. De vez en cuando acercaba a su rostro un delicado pañuelo de encaje de camariñas pero no era para enjugar sus lágrimas sino para aspirar la fragancia de su perfume pues su delicado olfato se sentía ofendido por el común e inespecífico olor a orín y sudor.

Soledad la miró extrañada, nunca había visto tan cerca de doña Asunta y nunca la había visto en su casa. Le parecía tan fuera de lugar con su vestido caro, su abrigo, su sombrero y su perfume en medio de todos ellos que parecía una provocación casi obscena que se encontrara allí, de la misma manera que hubiera resultado absurda la presencia de su madre en medio de una reunión de los Boudiño.

De la admiración y los cuchicheos se pasó de nuevo al murmullo enfebrecido del rosario pero sin evitar las miradas de soslayo hacia doña Asunta.

Amalia le ofreció cortésmente una taza de café pero la señora de Boudiño la rehusó amablemente lo que provocó que Amalia apretara los labios con fuerza. Sin duda su café no era lo suficientemente bueno para ella. Se sentó a su lado y aspiró su fragancia floral que parecía inundar la habitación eliminando el olor cerúleo de las velas, el de las flores marchitándose y el dulzón de las ropas no del todo limpias de los vecinos allí congregados.

Parecía mentira que aquellas dos mujeres tan diferentes pudieran tener la misma edad. Amalia aparentaba diez años más, quizás hubiera sido bonita con las ropas de doña Asunta pero nunca llegaría a tener su estilo ni su elegancia.

Soledad lo observaba todo en silencio con sus ojos oscuros. La muerte siempre le producía interés por la manera de actuar que tenían los vivos. Era curioso como el muerto servía de elemento catalizador para reunir a personas tan diferentes las unas de las otras. Se acercó a doña Asunta cuando ella le hizo un casi imperceptible gesto.

-Toma, para caramelos- le dijo con una sonrisa mientras le daba una moneda tras buscar cuidadosamente en su bolso.

La pequeña extendió la palma y sintió el contacto frío de la moneda que con la mano enguantada doña Asunta le había dado. Era guapa, de la manera que los ricos lo eran, no porque fuera una belleza, sino porque era diferente a todos ellos: su rostro maquillado suavemente era blanco, su cabello estaba limpio, su piel era blanca y saludable. Quizás no fuera guapa pero para Soledad, en aquella habitación rodeada por la gente de la aldea, era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

-Gracias- murmuró avergonzada bajando la cabeza.

-No hay de qué- respondió doña Asunta esbozando una sonrisa que contrastaba con el gesto serio de Amalia que miraba reprobadoramente a Soledad como si ésta tuviera la culpa.

La mano áspera y encallecida de su padre acarició rudamente la cabeza de Sole para llamar su atención.

-Vete a jugar fuera, Soliña. Este no es lugar para una niña.

Soledad obedeció y salió fuera de la casa. Respiró profundamente y sus pulmones se llenaron de aire frío que le arañaba por dentro como si miles de alfileres se hubieran introducido por su nariz. La niebla se había despejado por completo y el sol parecía vencer la lucha por ganar el cielo. Miró al horizonte mientras manoseaba la moneda que llevaba en el bolsillo. Doscientas treinta y ocho tumbas se interponían entre ella y la franja levemente luminosa del sol naciente. En aquel momento se acordó de que no se había despedido de su abuela.

La capa de don Benvido, el sacerdote, ondeaba como una bandera debido a la fría brisa que se había levantado. Con gesto sereno y entrecerrando los ojos como tenía por costumbre, ofició el entierro. Odiaba los oficios tempranos pero no podía exigir a sus fieles que murieran a las horas que a él le venían bien. Por suerte no le habían llamado por la noche para que le diera la Extremaunción a Piedade y le había aplicado los Santos Óleos una vez muerta, dudaba que ella realmente los necesitara.

A pesar de tener los ojos semicerrados paseó su mirada aguileña por los asistentes. Allí estaba casi todo el pueblo en un gesto de respeto o miedo: el médico, Rosiña la panadera y su marido, Xenaro el de la tienda, Mariña, Dores... incluso doña Asunta Boudiño, eso hizo que don Benvido enarcara una ceja extrañado pues aquel gesto no lo había tenido nadie del pazo con ninguno de los aldeanos. También estaba Agostiña, su ama de llaves, una piadosa y bondadosa mujer que atendía al sacerdote en sus necesidades. A Agostiña nunca le había gustado Piedade ni la camarilla de beatas con las que se reunía pero había acudido a presentar sus respetos por la simpatía que tenía hacia la familia, exceptuando a Amalia, a la que consideraba un calco de Piedade. Había llevado una empanada para que la “pena” por la muerte de la abuela fuera un poco más llevadera. Un poco más alejado se encontraba un hombre

mal encarado, de aspecto rudo y desaliñado que cojeaba levemente, era Xaquín, que de vez en cuando le llevaba conejos recién cazados a Piedade.

Soledad también le había visto pero se había escondido detrás de una de las tumbas, no le gustaba aquel hombre, sus ojos tenían un brillo perturbador debido al aguardiente. Era el guardés del pazo de los Boudiño, vivía en una pequeña caseta en un extremo de la finca y se dedicaba sobre todo a la caza pasando la mayor parte del tiempo poniendo trampas a los animales y cuando bebía era peligroso acercarse puesto que se liaba a pegar tiros contra todo lo que se movía. No era un buen hombre, era pendenciero, embustero y asiduo a las prostitutas a las que maltrataba. Muchos decían que su mujer había muerto de los disgustos, al igual que sus dos hijos. La única familia que le quedaba era una hija de la misma edad que Soledad.

La mirada de Xaquín se cruzó con la de Neves y su boca se frunció en una mueca lasciva que hizo que la joven se cruzara más aún la chaqueta sobre su pecho en un intento de que aquella mirada lujuriosa no la alcanzara. Era la misma que le dirigía las veces que la encontraba en la casa cuando llevaba algún conejo o liebre. El hombre depositaba la caza sobre la mesa ante la mirada de satisfacción de su madre, Piedade. Neves no entendía por qué Xaquín le daba aquellas piezas sin pedirle ningún dinero, ¿qué oscuro secreto guardaría su madre de él? En aquellas ocasiones el hombre le dirigía la misma mirada, sus ojos se regodeaban en el cuerpo de la joven con total descaro intuyendo un pecho generoso y unos muslos firmes y Neves se estremecía ante él porque sus ojos enfebrecidos le atraían y sus manos sucias de sangre le repelían.

Otra persona también se mantenía ligeramente apartada del resto. Soledad la reconoció y se acercó a ella, era Milagres, la

comadrona que había traído al mundo a medio pueblo. Con ella compartía demasiado tiempo, según las palabras de su madre, pero era prácticamente con la única persona con la que se sentía bien.

-Hola Soliña- le dijo con una sonrisa llamándola de la misma manera que su padre.

-Hola Milagres, la abuela Piedade ha muerto- dijo solemnemente como había escuchado a su padre anunciar la noticia.

-Sí...- Milagres apretó la mano de Soledad sin más. Podía haberle dado el pésame, decirle que lo sentía y que su abuela estaba en el cielo... pero ella no era una hipócrita como los demás y ni sentía su muerte ni estaba tan segura de que el cielo se abriera para ella.

El entierro fue monótono y más aún el responso que con voz lánguida y aburrida recitó ante la tumba abierta de Piedade para que el Señor la acogiera en su seno.

“No te acuerdes, Señor, de mis pecados.

Cuando vengas a juzgar al mundo por medio del fuego.

Señor, Dios mío, dirige mis pasos en tu presencia.

Cuando vengas a juzgar al mundo por medio del fuego.”

En el instante en que su padre y Antoiño empezaron a cubrir el ataúd con paletadas de tierra bendita, Soledad advirtió la misma expresión en el rostro de todos los presentes. A sus once años podía ya comprender e interpretar el valioso lenguaje de los gestos y los silencios y ahora entendía que aquellas expresiones delataban alivio, pero también una velada satisfacción que se traslucía en el rostro de su madre.

Lo que nadie sabía es que Piedade se removía inquieta en su tumba porque de su boca había desaparecido el diente de oro y de su cuello ya no pendía su amada medalla de la Virgen de

los Milagros sino que reposaba en el bolsillo de la falda de su nuera cuyos hábiles dedos la habían retirado con prontitud antes de que se cerrara el ataúd.

-Allí donde vas no te va a hacer falta- había susurrado Amalia sin ningún prejuicio cuando dio un fuerte tirón de la cadena después de arrancarle el diente de oro. Su pecho se infló orgullosamente como si aquello fuera un trofeo y se sintió satisfecha.

El entierro terminó y tras la despedida, todos los asistentes comenzaron a marcharse. Parecían tener prisa por salir de allí, ya habían cumplido con lo que habían ido a hacer y podían volver a sus labores. Sólo Xaquín permaneció unos minutos más, se acercó hasta la tumba recién cubierta por los terrones húmedos y la contempló.

-*Meiga* del demonio, así no vuelvas a incordiar- masculló con odio, y con gesto de desprecio y rabia escupió sobre ella.